Montevideo Diciembre 29 de 1935



Una estancia de Cerro Largo

EL DIA

AÑO IV - Nº 154

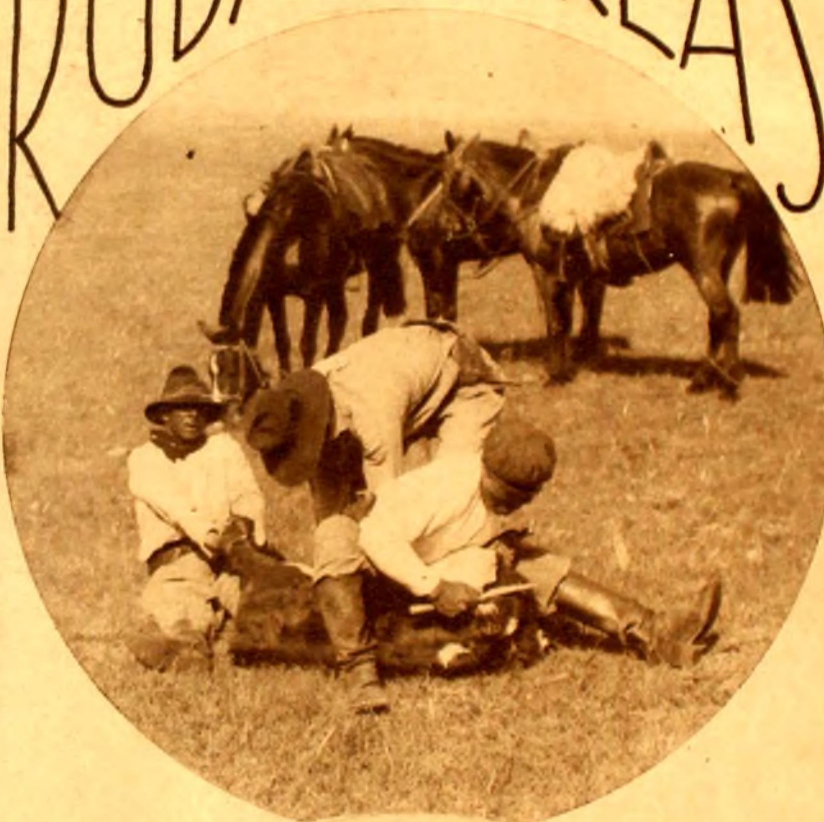




RUDAS TAREAS







La época de zafra da
los establecimientos ganader
intensidad y movimiento q
contrasta con la pláe da vi
pastoril del resto del añ
ofreciendo la ruda tarea a
pectos de estupenda belle
plástica, en tensión alerta l
hombres, prolongándose p
la carrera la silueta elegan
de las cabalgaduras tras
ganado, en friso sobre el ac
ro del cielo.

En este marco, la vida
hace trascendente y da co
tornos dramáticos al esfue
zo humano, frecuentement
traicionado por todos los az
res malignos, al acecho de u
descuido para vengarse de es
dominación del hombre, empe
queñecido durante la tare
pastoril, y agigantado en e
tas escenas de rodeo, de d
ma, de áspero trabajo, duran
te el cual los establecimiento
pierden su sólita soledad, ad
quiriendo trajín inusitado. E
las noches, aun queda ánim
para entonar canciones de l
janía, con finales alargado
como buscando un eco que l
acconsonante, poblando la so
ledad de amorosas inquietu
des...







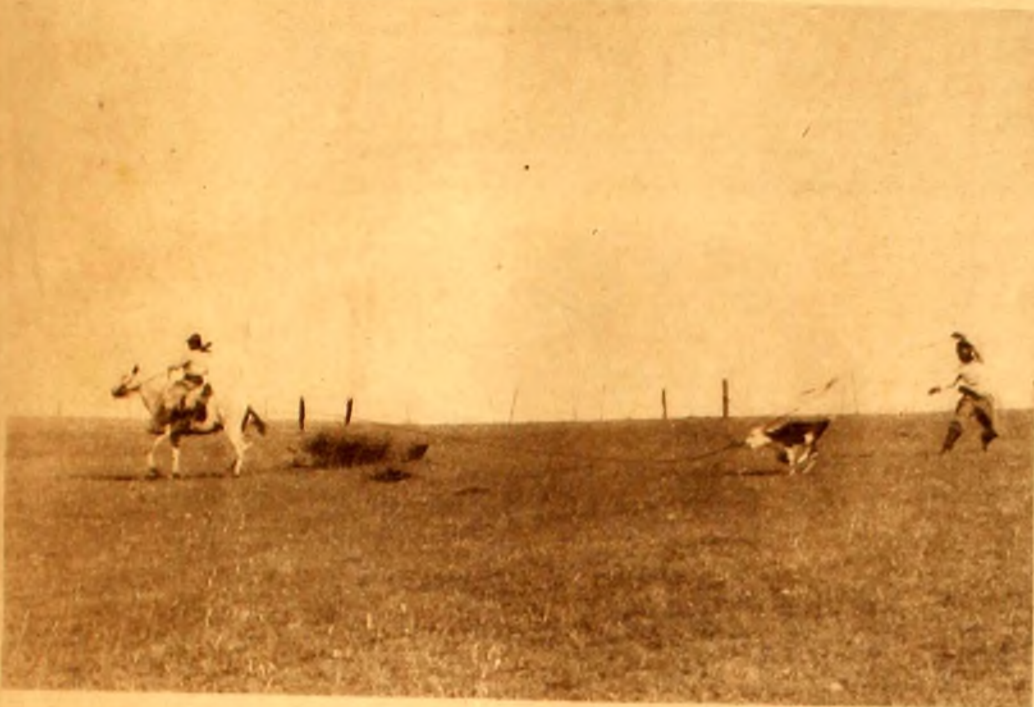












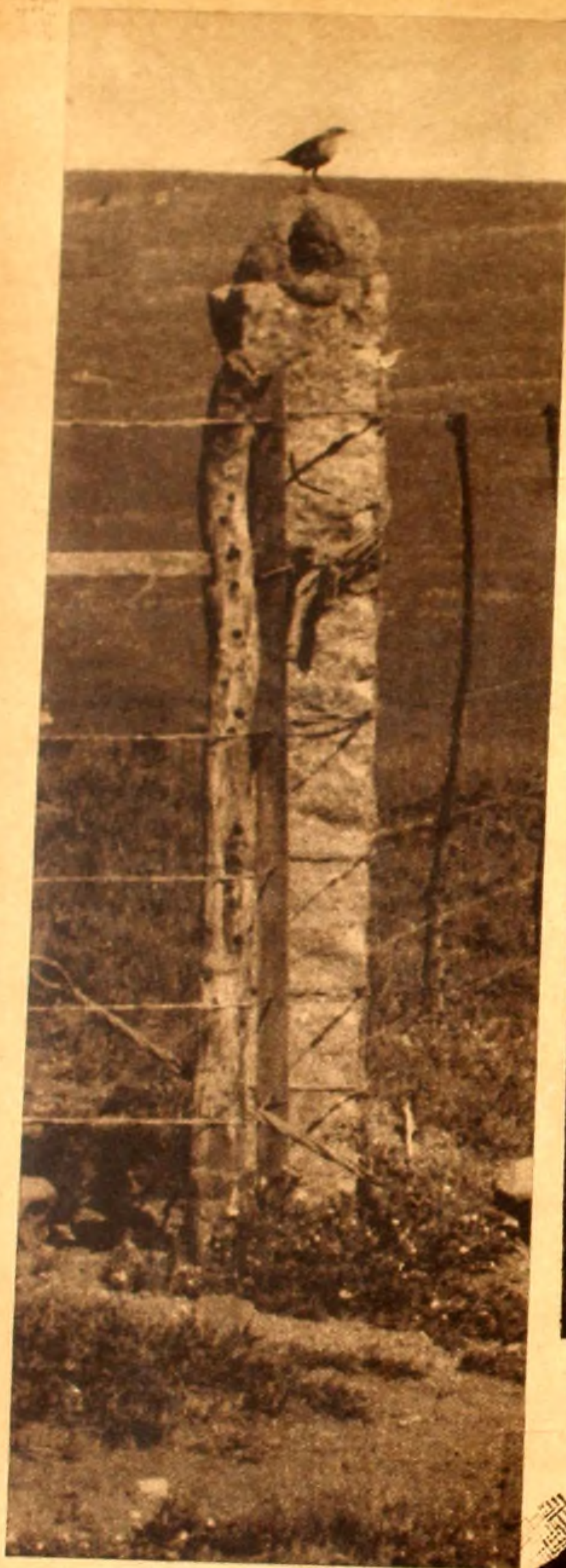






















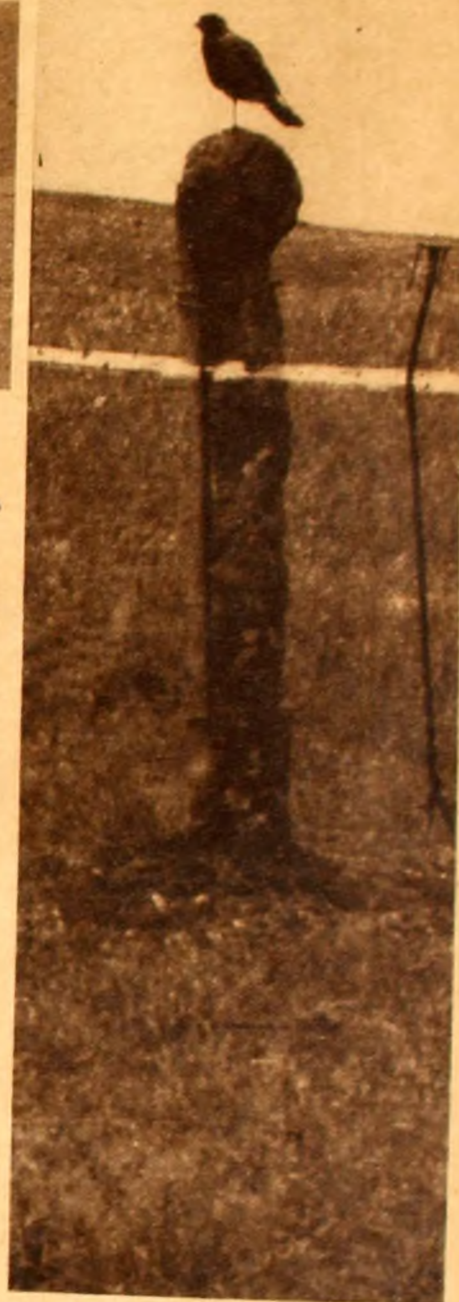
MODA DE PARIS

Los Cabellos Rubios

Hoy hacen furor en París las mujeres rubias, pero no todas son "legítimas". Las francesas están empleando un método muy eficaz y original para cambiar el color oscuro del cabello por el claro o rubio dorado: el "método de tres días". Consiste en aplicarse tres veces seguidas la manzanilla Verum (que se encuentra en las farmacias), preparada como una loción. Luego la usan una vez por semana para mantener el color deseado. Se consiguen ahora frascos económicos a $ 1.15 cada uno.







PAISAJES de ÁSPERA BELLEZA









DIVERSOS aspectos de la campaña uruguaya, en el Departamento de Cerro Largo, con paisajes admirables de color en los que la naturaleza se presenta con una belleza agreste en las marañas de árboles enanos y espinosos, con flores punzantes y sin aroma pero de tonos vivos, como para adornos de alfarería; en la áspera grandeza de sus peñas grises, sin más vegetación que el airón romántico de un arbusto estrellado de la cumbre; y en los apacibles remansos de agua límpida, tentación para el caminante que quisiera quedar allí, en aquella jugosa sombra de los mimbrales y sauces llorones.

El sol intenso devora las sombras, y hace reverberar la blancura de las casas enjabelgadas, una estancia señoril, y la pulpería clásica, de reja, que dan tono al paisaje.

Enmarcando la nota, un hornero, pájaro constructor al que suelen desalojar de su nido las aves foráneas y enfrente un halcón, pájaro rapaz, al acecho de la cría.











POCITOS











Pocitos sigue siendo el balneario preferido del gran público, en lo que sin duda influye la centricidad, sus elementos de comunicación frecuente, y desde luego que también, — y en primer término, — las repetidamente cantadas bellezas de la espaciosa playa, amplia como para que puedan existir zonas privativas de los que realizan ejercicios violentos, de los sedentarios, de los niños, y aun de las familias numerosas, con meriendas copiosas sobre la arena.

Esa abigarrada multitud a la que el traje de baño iguala, da a Pocitos un simpático aspecto popular, sin empaques ni muchas preocupaciones, desfilando admirables siluetas femeninas libres del artificio modisteril.

Le presta marco al balneario la profusión de lindos palacetes que dan a Pocitos una fisonomía singular de barriada jardín. Dos de las notas con las que marginamos esta página son del chalet del señor Arnaldo P. Parrabere, con enjardinado sencillamente admirable en la belleza de sus ejemplares florales y en el arte de la distribución.







MIRADOR DE LA ESQUINA SUD-OESTE, UNICO QUE SE CONSERVA. LA PARTE DE EDIFICIO A LA IZQUIERDA CORRESPONDE AL FRENTE DE LA CASA

LA ESTANCIA

MUY cerca, a pocos kilómetros de la Capital, nada más, cómo lo trasmano de la infrecuentada ruta parece sin embargo alejar, en una proporción inverosímil, la Estancia del Colorado, antigua propiedad del Presidente Santos!

Denominábase primitivamente Rincón de Falson aquel extremo del departamento de Canelones, fronterizo al de Montevideo, encerrado por el río Santa Lucía y los arroyos Las Brujas y Colorado.

Radicaba la toponimia original en el apellido de la vieja familia que emparentó con los Estrázulas El ministro Dr. Don Jaime y Monseñor Santiago, eran Estrázulas y Falson.

El último, en gratitud a su protector el virtuoso Vicario José Benito Lamas trocó el apellido materno por el de Lamas.

Ahora perdida casi la denominación vernácula suele llamársele a veces Rincón de Santos.

La estancia, propiedad del ex-presidente que se conoció por Estancia del Colorado, era una posesión que, entre sus límites originarios, abarcaba la superficie de 4.40: cuadras, equivalentes a 3.250 hectáreas.

Después de la muerte del Capitán General ocurrida en Buenos Aires el 10 de Marzo de 1889, veinticinco días después de haber cumplido 42 años, la estancia fué hijuelada entre sus herederos: la viuda Doña Teresa Mascaró y los hijos Máximo, Joaquín, Lorenzo, León, Oscar, Teresa, María, Carmen y Sofía.

En la fracción adjudicada a Doña Teresa se incluyó la casa, que de entonces a la fecha ha tenido sucesivos dueños.

* * *

Creo que la particular fisonomía adusta del paisaje contribuya a ahondar la sugestión de que el camino se estira.

Dos veces — un poco espaciadas — primero bajo el cielo ceniciento de una ventosa tarde invernal y luego en la gloria de una radiante tarde de primavera, la impresión no cambió.

El gran conjunto de casas, la espesa mancha verde de la arboleda, la amplia pinceiada ocre del techo de un enorme galpón, desarmonizan con el paisaje agreste ,a bruscas quebradas, que evocan, en ciertos momentos, pedazos de paisaje minuano.

Disimulada por los pronunciados desniveles de los alrededores, la estancia aparece de improviso, después de pasar el arroyo de las Piedras, divisorio de Canelones, y el Colorado que hace barra en aquél, un poco más abajo.

Ambas corrientes de agua se franquean por puentes, moderno el de las Piedras, construído — entiendo — hace medio siglo el del Colorado

Sólida fabricación de sillería al descubierto, una especie de torreones pequeños, puestos en serie le prestan cierto carácter militar acordado a la época en que mandaba el Capitán General.

Dentro de la piedra fundamental de este ente, — leí alguna vez — el Dr. Alberto Nín, presidente, el año 1885, de la Junta Económico Administrativa, quiso que se colocara junto con las piezas de literatura oficial y protocolaria el Libro, recién aparecido de Carlos Roxlo "Estrellas Fugaces".

El poeta, modesto empleado del Registro Civil, era distinguido por la estima del personaje político de la hora — hombre inteligente y comprensivo por lo demás — que propugnaba, según parece, por vincularlo a la situación.

* * *

Constituye el cuerpo fundamental de "las poblaciones", una construcción de superior material, con tres frentes cortándose en ángulo recto.

El cuarto lado del cuadro lo forma la verja de hierro que separa el patio interior del amplio jardín lleno de nobles y añosos árboles ocupando todo el frente este.



AVENIDA DE EUCALIPTUS QUE UNE "LAS CASAS" CON EL BAÑO EN EL ARROYO "LAS BRUJAS" (COMPARESE LA ALTURA DE LOS ARBOLES CON LA DEL AUTOMOVIL). (FOTOGRAFIAS DE MARIO MAUTONE)



PATIO PRINCIPAL DE LA ESTANCIA DEL C
SO BROCAL DE ALJIBE DE M

DEL COLORADO

La planta, en su estructura antigua no ha variado. Nótanse y chocan desde luego, unas piezas de alto y unos galpones informes adosados con posterioridad en la esquina noroeste.

En esta esquina existió un mirador idéntico al que todavía subsiste en la otra esquina del frente.

Una torrecita octogonal techada de tejas en la que se asciende por una escalera de caracol. Desde esos miradores se atalayaba el campo circundante y el camino de Montevideo, por centinelas que compartían su función vigilante con la de una jauría de perros bravos avizores que levantaban sus ladridos hasta el cielo apenas aparecía alguien en las próximas lomas.

Las dependencias anexas a la estancia según eran en la época de Santos, no existen ya, como no sea en parte mínima.

Unos amplios galpones con techo de paja se incendiaron. los corrales y los bretes fueron removidos según las necesidades de los distintos dueños, que construyeron y reconstruyeron a su vez, volteando y edificando.

* * *

Las habitaciones enormes — absolutamente vacías en estos momentos en que la estancia está por venderse fraccionada — son una sucesión interminable. Aquí, no cabe duda debía ser el comedor, inmenso; ésta era una sala principal, ésta era otra, aquí — me dicen — era el dormitorio del Capitán General; aquellos eran cuartos de huéspedes; de este costado estaban los muchachos...

Salvo la buena talla de unas puertas de zaguán y de tal o cual minucia en el decorado de un cielo raso, nada desentona en el conjunto actual, encalado y frío.

En el patio, eso sí, hay un hermoso brocal de aljibe trabajado en un solo bloc de mármol color rosa.

Los muebles de la época santista, lo dije antes, han desaparecido todos: eran muebles grandes, apropiados a las dimensiones de las pieza, lujosos o modestos, en juego o desparejos, muebles casi siempre provenientes de las casas de Montevideo, en cuyo alhajamiento y cambios continuos algún comerciante beneficiando del dinero del manirroto General-Presidente, sacó la barriga de mal año

* * *

En vano procuré situar en algún lado del caserón abandonado e inmenso al dueño de casa

Desmantelado a fondo el escenario, no se logra "verlo" por ninguna parte.

Imposible dar con el Capitán General, ni para recordarle honradamente aquello que decía Don Tulio Freire:

"¡Alguien lo va a hacer bueno, no se aflijan!"

* * *

En este rincón del patio se retrató S. E. una vez; compruébase con los hierros de la ventana y con la reilla del sótano.

Ahí está la tarjeta fotográfica de Fleurquín: una insignificante figura enfundada en un traje a cuadritos, bien distinta de las marciales fotografías de uniforme.

Nada de todo.

Sueño de una noche de verano la lujosa caravana de coches o el pelotón brillante de jinetes, precedidos por los batidores de la escolta a todo galope; las comilonas pantagruélicas y los festines en que cantaban de contrapunto el Ministro de España Manuel del Palacio y Nicolás Granada; los asados a la orilla de Las Brujas, donde subsisten todavía restos de las casillas de baño entre los espinillos de mota de oro...

"Como las nubes, como las naves, como las sombras"

J. M. Fernández Saldaña.



...ADO CON EL HERMO-
...OL ROSA

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA GENERAL MAXIMO SANTOS, EN EL PATIO DE LA ESTANCIA. FOTOGRAFIA FLEURQUIN Y Cía. MONTEVIDEO(COLECCION DEL AUTOR)



Alegorías: LA MUERTE del OMBÚ.

MORDE, hacha, mordé! No soy tan blando como parezco. ¡Oigalé! ¿Te cansás? No me tengás lástima. Soy criollo, bien criollo, ¿sabés? Y vos... vos sos gringa y pensás que, porque no doy leña ni frutos, no sirvo pa nada... ¡Preguntáselo a tanto cristiano que ha descansao a mi sombra! Te lo podría decir el rancho que amparé tanto tiempo. Te lo pueden decir los gurises, pa los que he sido como agüelo, y los pájaros que me han adornao con las flores de sus nidos. Pero qué entendés vos de estas cosas! Pa vos, ¡hasta soy feo! Cuando Dios me puso pa no dejar tan solas estas cuchillas, como un centinela siempre despierto, como un amigo que movía sus brazos de ramas pa saludar a los que pasaban por el camino y avisarles que aquí había paz, descanso, frescura y sueño... ¡no pensaba como vos, gringa! ¡Mordé! No me asusta la muerte. Yo soy del tiempo de las guitarras con cintas, de los sombreros con barbijo, del chiripá, de las lanzas y de las montoneras. ¡Qué tiempos! ¡Se sabía morir! No te parés. Pa serte franco, esperaba este día. Acabaré como todos los míos. Como mi compañero el rancho, que desapareció el año pasao pa que viniera esa inglesita que llaman la estancia nueva. ¡Si hasta es lindo morir pa no ver esas cosas! Seguí tu trabajo. ¡Ah! Esperá, tengo que hablar con ese hornerito que llega.

—Amigo, no se asuste. Saque lijero sus pichones y vayasé con ellos. ¡Pobrecitos! Yo esperaba que ellos también, cuando jueran grandes, vinieran a vivir aquí con sus hijos... Pero ya ve... Dicen que no sirvo pa nada... Cualquier día, amigo hornero, no lo van a dejar hacer su nido sino paga impuesto. Usté también es gaucho y ¡claro! no sirve pa nada... Como yo... Vayasé, vayasé porque no lo van a respetar. Un pájaro, que alegra y endulza la vida, que trai a la tierra algo de lo que está en el cielo, un pájaro — ¡asombresé! — p.. ellos no vale nada. Ya lo sabe. Acuerdesé siempre de este viejo ombú y disculpe que ya no lo pueda servir. No... Dejemé morir entero, como buen criollo. Vayasé...

Seguí, gringa. ¡No temblés! ¡Cuidao! No me hagás caír sobre ese pobre tala que es gaucho como yo. Echame sobre los escombros del rancho. Quiero abrazarlo por última vez.

¡Así! Otro golpe y ya está. ¡Eso es! ¡Aprendé, gringa, aprendé a morir!

Manuel BENAVENTE.

Sociales.



Sta. Norma Carlini Cristiani • FOTOS MARCHESE.



Dante Forlani Nóbile

FOTO FIGOLI



Sta. Air Podestá

FOTO marchese.



María Ribeiro Coppo • Artigas.



Señorita Amparo Alvarez

FOTO marchese

Elogio de Chaplin

CRISTAR

Eres una síntesis de la humanidad, eres el hombre. Atraviesas el mundo resbalando sobre la vida, estrellándote en la noche y equivocando el camino. Eres el hombre en toda su desgracia, en toda su desolación y en toda su divinidad.

Vas persiguiendo una quimera, corres tras un ideal y te caes en el único hoyo. Algo rueda contigo, como el sueño de los niños.

Tienes hambre, estás pálido a la sombra de un árbol. ¿Qué hacer?... De pronto salta el animal del fondo de tu vientre, te inclinas a la tierra y coges un poco de yerba. Hay que comer, qué diablos! Pero cuando vas a llevarte el pasto a la boca, sale el hombre... ¿Qué hace el hombre? Sacas de tu bolsillo un paquete de sal, y desparramas la sal sobre la yerba. Ahora ya puedes comer como un hombre! Es ese el camino que separa al hombre de la bestia? Oh profundo filósofo sonriente! El público no comprende, qué importa! Te encuentra un simple clown vulgar! Pero tú sigues dando tumbos por la vida.

Eres el juguete del destino, el juguete resignado que no se revela, que acepta las cosas como se presentan. Subes en un ascensor que no era el que te convenía, tomas un barco que va para otra parte. Una mujer sonríe a otro y crees que es a tí, y tu corazón se hincha y tus ojos brillan. Cuando te das cuenta que la sonrisa no era para tí sino para el señor que estaba detrás, saludas tímidamente levantando dos veces tu sombrero ridículo y te alejas entristecido. Pero ya saboreaste el amor y nadie puede quitarte de la boca el gusto dulce y el perfume agradable.

Y así también, siguiendo una ley de justicia y de compensación, cuando una bofetada viene a tí, equivoca el camino. Ello mantiene el equilibrio.

Pobre Chaplin, tú eres algo más que un hombre, eres la vida!

De presidiario tienes que pasar a ser cura. Así lo quiere la fatalidad! Te evades de la cárcel, vas huyendo, llegas a la estación. Qué tren debes tomar? Dejas elegir al destino, cierras los ojos frente al cartel que señala todas las ciudades donde se detiene el tren y aplicas tu dedo. Abres los ojos para ver cuál ha elegido el destino, ¡oh ironía! Tienes el dedo puesto sobre el nombre de la ciudad de que acabas de evadirte... Detrás del cartel, el destino se tapa la boca para no reir en voz alta. Vuelves a cerrar los ojos y a repetir tu llamado a la suerte y ésta te da el nombre de la aldea donde el rebaño piadoso, espera la llegada de su pastor, y tienes que lanzar tu pequeño sermón dominguero. Cómo puedes predicar, Chaplin? Sólo con gestos. Qué sabe él de la palabra? La mímica, sólo la mímica puede sacarlo del paso, y el pobre Chaplin mima la historia de David y de Goliat. Y puesto que eres un hijo de tu siglo, cuando Goliat cae al suelo cuentas hasta diez como los jueces de un vulgar deporte de nuestro tiempo.

Es algo extraordinario. Las grandes personas se miran unas a otras espantadas; nadie comprende nada. Sólo los niños que están en el templo aplauden furiosamente. Los niños comprenden, comprenden el gesto porque aún son puros, son ingenuos, no tienen todavía el cerebro sucio por el hollín de las palabras, porque ellos están aún cerca de las fuentes de la vida, ignorantes del arte de enmascarar la verdad. Más cerca de la vida que del teatro! El gesto fué anterior a la palabra y los niños comprenden...

Gracias Chaplin, por tu profunda sabiduría. No conozco nada más humano, nada más fuerte, nada más hondo que el personaje creado por tí mismo.

En el fondo eres un inconsciente. Eres bueno porque eres poeta. Eres un exaltado y un obsesionado. Cuando persigues un pensamiento, cuando corres tras un ideal, no ves nada de lo que pasa a tu alrededor, ni mides las consecuencias de ninguno de tus actos.

La idea fija te coge y haces abstracción de toda otra cosa que no sea ella misma. Como el sabio en el laboratorio, te olvidas del tiempo, te mueves fuera del espacio. Corres tras el oro, con los ojos puestos en una quimera, en la felicidad, y no sientes que un oso hambriento ha salido de su cueva y trota tras de tí. La muerte galopa a tus talones y no la oyes.

Otro día te enamoras de la chica robada por una banda de gitanos. Con qué placer te dejas maltratar por defenderla! Y cuando sus padres se la llevan en un lujoso automóvil, tú la miras alejarse con tus ojos de poeta triste. Se va, se va la compañera que durante tantos meses compartió tus angustias. Y te sacudes el dolor, como un perro se sacude el agua, después de atravesar un río...

Haces concreto lo abstracto y abstracto lo concreto. Y después de todo, qué otra cosa es el dolor? Eres un poco atrevido, recuerda que hay voces que los perros no han sentido nunca... y tú eres neurótico, un poco raro y tienes mucho de genio. Pecado que la sociedad no perdona!

Así tendrás que recorrer el calvario con tus zapatos curvados y tu varilla ridícula que ya no sostiene tu cansancio.

Recuerdas el circo? La bailarina de la boca rota sangrando sonrisas que saltan en el aire con más ritmo que los fuegos fatuos, la chica equilibrista, cinco años sobre el mismo alambre, mientras el mundo pasa bajo sus plantas. A cada traspies la cuerda temblaba con el mismo ritmo de tu alma y varias veces estuvo a punto de caerse sobre tu corazón.

El hombre, la sociedad, es el polizonte que persigue al ángel y que el ángel burla valiéndose de sus astucias de ángel. Es un poco de sueño en el portal. Por eso te estrellas a cada momento con todas las puntas de la vida, contra todos los principios y reglas inventadas por los hombres.

La moneda que no encuentras en el bolsillo para pagar una cama en el asilo de noche, te la encontrará el ladrón que duerme a tu lado, porque es condición humana que el ladrón sepa mejor que uno mismo en donde se encuentra nuestro propio dinero. Tú te adelantas al mundo, te mofas de sus risas y te burlas de sus burlas.

Una de las características de los genios es poder hacer todo lo difícil y no saber hacer lo fácil, hacer lo que nadie puede hacer y descuidarse de lo que todos hacen. Y he ahí dónde los enemigos del genio, atentos sólo al cuidado de vivir queman sus alas.

Chaplin, tú que supiste ser la admiración de los pensadores de tu época, que supiste ser triste y supiste ser alegre, que supiste ser profundo y supiste ser genio.

Qué nueva sorpresa nos preparas?..

El escultor SEVERINO POSE









En nuestro medio, es la escultura, una de las artes plásticas que menos perspectivas de desarrollo ofrece; es demasiado limitado para la estatuaria, y descontando un pequeño núcleo de elegidos, se demuestra generalmente poco interés por la paciente y costosa labor de nuestros artistas. Sin embargo, parece que éstos, descontaran la indiferencia popular y oficial; y continúan produciendo su obra, puesta su esperanza solamente en realizar una belleza que no puede contener la falta de atención y de estímulo que le presta el ambiente. De esta categoría de escultores es Severino Pose, que ha expuesto recientemente una parte de su obra escultórica y una excelente colección de dibujos de los cuales ofrecemos cuatro muestras. Es innecesario intentar significar su verdadero valor en una breve nota que no atenta otra cosa que demostrar la calidad y el significado de la labor de este artista compatriota.

EL DESCUBRIMIENTO de EL DORADO.

Stephan Zweig

HASTIADO DE LA VIEJA — — — EUROPA — — —

1834. Un vapor americano zarpa de El Havre con rumbo a Nueva York. Entre los centenares de desesperados que lleva a bordo, se halla uno llamado Juan Augusto Suter, natural de Rynenberg, cerca de Basilea, de treinta años de edad. Tiene un gran interés en poner el vasto océano entre su persona y los tribunales europeos de justicia. Acusado de quiebra fraudulenta, de robo, de falsificación, ha abandonado a su mujer y a sus tres hijos menores. Sirviéndose de documentos falsos, se ha proporcionado en París algún dinero. Y ahora emprende el viaje, en busca de una nueva existencia.

El 7 de julio desembarca en Nueva York y durante dos años prueba todos los oficios posibles e imposibles: es droguero, embalador, dentista, traficante, tabernero. Al fin consigue permanecer estabilizado. Abre una posada, pero al poco tiempo la vende para dirigirse hacia la máxima atracción de la época: el Missouri.

Allí se hace campesino, y al poco tiempo, llega a ser dueño de una pequeña granja. Podría vivir tranquilo, pero continuamente pasan por delante de su casa innumerables tratantes en pieles, cazadores, aventureros y soldados. Todos se dirigen hacia el Oeste. Y la palabra Oeste llega a convertirse para él en un mágico sonido.

Nadie ignora que primero están las etapas con sus inmensos rebaños de búfalos, grandes desiertos que durante días y días, semanas y semanas, no se ven animados por la presencia del hombre, como no sea el señor y dueño de la llanura, el piel roja. Luego vienen las montañas, altísimas, inexploradas. Y más allá se encuentra aquella tierra nueva, de la cual nadie sabe nada a punto fijo, pero cuyas riquezas son fabulosas. Esa tierra virgen es California. Tierra adonde manan generosas la leche y la miel, tierra que será de quien la quiera tomar. Está lejos, inmensamente lejos, y la empresa de alcanzarla llena de peligros.

Pero Juan Augusto Suter tiene sangre de aventurero. No puede acomodarse a la vida tranquila, al cultivo apacible del suelo.

Un día, en 1837, vende su casa y su hacienda, organiza una expedición con carros, caballos y rebaños de búfalos y, partiendo del Fort Independence, se lanza a lo desconocido.

— CAMINO DE CALIFORNIA —

1838. Dos oficiales, cinco misioneros y tres mujeres parten en un carro tirado por búfalos hacia el desierto infinito, en dirección al océano Pacífico, a través de las estepas inacabables y franqueando finalmente las montañas.

El viaje dura tres meses. Al final de octubre llegan al fuerte Vancouver. Las mujeres han perecido por el camino a causa de los sufrimientos, los oficiales abandonaron el carro al principio del viaje, los misioneros se niegan a seguir avanzando.

Suter se ha quedado solo. En Vancouver intentan hacerle desistir de su empresa, le ofrecen un empleo en la localidad. Pero él permanece firme, el nombre mágico le obsesiona.

A bordo de un mísero velero surca el Pacífico, primero hacia las islas Sandwich, para llegar, después de incontables dificultades, hasta las costas de Alaska y desembarcar, luego, en una región abandonada, conocida por el nombre de San Francisco. No la ciudad de nuestros días, que ha renacido después del terremoto, que cuenta con una población de millones de almas. No. Es un miserable pueblecillo de pescadores que debe su nombre a la misión de los franciscanos. No es ni siquiera la metrópoli de aquella desconocida provincia mejicana de California que, árida y estéril, sumida en profundo abandono, agonizaba en el corazón de la zona más fértil y más frondosa del Nuevo Continente.

Desorden hispánico, ausencia de toda autoridad, revueltas, escasez de animales de tiro, escasez de mano de obra. Ausencia, principalmente, de energías constructivas.

Suter alquila un caballo y desciende al frondoso valle de Sacramento. Le basta un día para convencerse de que allí hay lugar, no sólo para una gran granja, sino para todo un reino. Al día siguiente se dirige a Monte Rey, la mezquina capital, se presenta al gobernador Alvaredo y le expone sus planes agrícolas respecto a aquel país. Ha traído canacas de las islas, criaturas laboriosas y diligentes, que le ayudarán a establecer una colonia y a crear un pequeño reino que llamará Nueva Helvecia.

—¿Por qué Nueva Helvecia? — pregunta el Gobernador.

—Soy suizo y republicano — contesta Suter.

—Bien, haga lo que quiera. Le doy una concesión por diez años.

Como se ve, las transacciones se realizaban en aquel lugar sin grandes formulismos. A mil millas de distancia de toda civilización, la energía de un solo hombre se valora de un modo distinto que en su propia patria.

NUEVA HELVECIA

1839. Una caravana avanza lentamente a lo largo de la ribera del Sacramento. Delante de todos va Suter, montado a caballo, con el fusil al hombro. Detrás de él van dos o tres europeos, y a continuación ciento cincuenta canacas con sus cortas camisas. Luego siguen treinta carros tirados por búfalos, llenos de provisiones, municiones y semillas. Detrás van cincuenta caballos, setenta y cinco mulos, vacas y ovejas. Al final, una pequeña retaguardia. Ese es todo el ejército que va a conquistar Nueva Helvecia.

Ante ellos parece rodar una gigantesca ola de fuego. Han sido incendiados los bosques. Este procedimiento resulta más cómodo que la tala.

Cuando la inmensa hoguera ha expirado sobre la tierra y humean todavía los troncos de los árboles, los hombres dan comienzo a su tarea. Se construyen almacenes, se abren pozos. La tierra, que no necesita ser arada, recibe las semillas. Se disponen rediles para los rebaños.

Numerosos colonos de las regiones vecinas, de las misiones abandonadas, acuden a engrosar la naciente colonia.

El éxito es gigantesco. Los sembrados producen un beneficio de quinientos por ciento. Los depósitos están abarrotados y las cabezas de ganado se cuentan por millares. Todo se ha conseguido a través de grandes dificultades, pues los indígenas no cesan en sus repetidos ataques contra la floreciente colonia.

Nueva Helvecia va adquiriendo proporciones fantásticas.

Se construyen canales, molinos y factorías y los barcos surcan los ríos en todas direcciones.

Suter se ha convertido, no sólo en el proveedor de Vancouver y de las islas Sandwich, sino también de todos los veleros que hacen escala en California.

Al ver prosperar tanto su empresa, Suter planta árboles frutales — los hoy famosos frutales de California, — hace traer vides de Francia y del Rhin, y pocos años después, las viñas cubren amplias extensiones. Construye casas y granjas, compra en París un piano Pleyel — 180 días de travesía — y se hace traer de Nueva York, en un carro tirado por sesenta búfalos, que atraviesa todo el continente, una máquina de vapor.

Tiene crédito y cuenta corriente en los principales bancos de Francia e Inglaterra, y entonces, a la edad de cuarenta y cinco años, se acuerda de que hace catorce abandonó en un rincón del mundo a una mujer y tres hijos pequeños. Les escribe pidiéndoles que se trasladen a su principado. Se siente seguro de su riqueza; es señor de Nueva Helvecia, es uno de los hombres más ricos del mundo y seguirá siéndolo.

Finalmente, los Estados Unidos arrebatan a Méjico su descuidada colonia.

Unos años más y Suter será el hombre más opulento del mundo.

EL FATAL GOLPE DE PALA

1848, en enero.

Un día, de pronto, se presenta en casa de Juan Augusto Suter, su carpintero James W. Marshall. Está muy excitado y solicita entrevistarse inmediatamente con el dueño.

Suter se sorprende, pues la víspera estuvo hablando con Marshall, al que envió a su granja Colmos para que instalase allí una nueva sierra mecánica. El hombre ha regresado sin permiso y se halla ante él temblando de excitación. Los dos hombres se encierran en un cuarto y entonces Marshall saca del bolsillo un puñado de arena entre la cual brillan unos cuantos granitos amarillos. La víspera, cavando, encontró aquel extraño metal. El cree que es oro, pero los demás se han burlado de su opinión.

Suter coge la arena, analiza el metal. Es oro. Decide ir al día siguiente a la granja acompañado de Marshall, pero la terrible fiebre que ha de contaminar al mundo entero se ha apoderado ya del servidor. En la noche tempestuosa monta a caballo y se dirige al lugar del descubrimiento; impaciente, quiere asegurarse de la realidad de su fortuna.

Al día siguiente el coronel Suter se halla en Coloma. Por medio de un dique es secado el canal y se exploran las arenas de su lecho. Basta coger un tamiz, cerner un poco, y las brillante pepitas de oro se destacan sobre la tela metálica.

Suter llama entonces a los pocos blancos que con él conviven, les exige palabra de honor de que guarden el secreto hasta que esté lista la instalación de la sierra y regresa decidido a su granja.

Gigantescas ideas pasan por su imaginación. Jamás el oro se ha presentado en tal abundancia, de un modo tan fácil de obtener. Nunca había aparecido así en la superficie de la tierra, y esa tierra de oro es suya, propia. Es de Suter.

En una sola noche han pasado diez años. Suter es ya el hombre más rico del mundo.

LA INVASION

¿El más rico? No. El más pobre, el más miserable, el más deplorable mendigo de esta tierra.

A los ocho días el secreto ha sido revelado. Una mujer — ¡siempre una mujer! — lo ha comunicado a un vagabundo y le ha dado algunas pepitas de oro.

Lo que ocurre entonces es inaudito, sin ejemplo en la historia. Inmediatamente los hombres de Suter abandonan el trabajo; los herreros dejan la fragua, los pastores el ganado, los viñadores las vides, los soldados los fusiles. Todos se precipitan, exaltados, hacia la sierra, provistos de cernedores, de cacerolas de metal, para extraer el oro de la arena. En pocas horas todas las granjas quedan abandonadas. Las vacas lecheras mugen pidiendo ser ordeñadas, pero nadie acude a ellas y van muriendo. Los rebaños de búfalos rompen las vallas y se lanzan a los campos, donde la fruta se pudre en las ramas. Los graneros se hunden. Todo el mecanismo de la gigantesca empresa está paralizado.

El telégrafo difunde a través de mares y continentes la promesa áurea, y de todas las ciudades y de todos los puertos va llegando la multitud. Los marineros abandonan los barcos, los empleados las oficinas. Inacabables caravanas llegan del este, del oeste; vienen a pie, a caballo, en carros. Es la invasión, la plaga de la humana langosta. Son los buscadores de oro. Horda brutal, desenfrenada, que no reconoce más ley que la de sus puños, ni más orden que el del revólver.

La masa humana se desparrama por la floreciente colonia. Nadie puede atreverse a contener el avance de aquellos hombres exasperados. Y esos hombres sacrifican las vacas de Suter, derriban sus graneros para construirse cabañas con las maderas, devastan los campos, roban las máquinas. En pocas horas, Juan Augusto Suter se ha convertido en un hombre miserable. Ha muerto ahogado en su propio oro, como el rey Midas.

La sed de oro empuja a aquella avalancha jamás vista, que avanza como una tempestad. La noticia se ha difundido por todo el mundo. De Nueva York han zarpado cien buques. Y en 1848, 1849, 1850 y 1851 parten de Inglaterra, de Francia, de España, formidables hordas de aventureros. Unos van a dar la vuelta por el cabo de Hornos; para los más impacientes aquella ruta es demasiado larga; prefieren el camino más peligroso, van por tierra, atravesando el istmo de Panamá.

Una emprendedora compañía construye, a toda prisa, un ferrocarril por el istmo, obra que cuesta la vida a miles de obreros, que sucumben a las fiebres. Todo para ahorrar a los impacientes tres o cuatro semanas y llegar antes hasta el precioso metal.

Enormes caravanas atraviesan el continente; son hombres de todas las razas y de todas las lenguas. Y todos se instalan en las propiedades de Juan Augusto Suter, como si fuesen suyas.

En la tierra de San Francisco, que según escritura en regla es de su pertenencia, brota con una rapidez portentosa una verdadera ciudad. Hombres extranjeros se compran y venden mutuamente el suelo que no es suyo, y el nombre de Nueva Helvecia, el reino y el dominio de Suter, desaparece borrado por el nombre mágico de El Dorado, California.

Juan Augusto Suter, sumido en la quiebra, contempla, paralizado, aquella inmensa devastación. Al principio intenta tomar parte en las excavaciones y aprovecharse, con sus servidores y camaradas, de la nueva riqueza; pero todos le abandonan.

Entonces se aleja de aquella región de oro, se instala en una granja apartada, el Ermitage, en la vertiente de la sierra, lejos del río maldito y de la maldita arena.

Allí se reúnen sus hijos y su mujer, pero ésta muere al poco tiempo de llegar, víctima de los sufrimientos que ha experimentado por el difícil camino. Sus hijos son ya mayores; son tres, con él suman ocho brazos y Suter comienza de nuevo la explotación agrícola. Secundado por sus hijos emprende en silencio la obra, ayudado por la fantástica fertilidad de aquella tierra.

En su imaginación ha nacido un nuevo plan gigantesco, cuyo secreto guarda cuidadosamente.

EL PROGRESO

1850. California ha sido incorporada a los Estados Unidos de América. Bajo la severa disciplina, se ha restablecido finalmente el orden en el país, en la tierra de promisión. La anarquía ha sido dominada y de nuevo impera la ley.

Entonces Juan Augusto Suter se presenta de improviso con sus reclamaciones. Declara que todo el suelo sobre el cual se ha edificado la ciudad de San Francisco es de su pertenencia, en toda justicia. El Estado está obligado a indemnizarle los daños y perjuicios del robo de su propiedad. Además, reclama un tanto por ciento del valor de todo el oro extraído en sus dominios.

Comienza entonces un proceso de dimensiones tales como jamás la humanidad ha podido presenciar.

Juan Augusto Suter acusa a 17.221 colonos que han ocupado sus tierras de labor, les exige que desalojen la propiedad invadida; reclama del Estado de California 25.000.000 de dólares en concepto de indemnización por caminos, canales, puentes, balsas y molinos de su propiedad y de los cuales se ha apropiado el Estado. Pide 25.000.000 como reparación por los bienes destruídos. Reclama, además, una parte del oro extraído.

Ha enviado a Wáshington a su hijo mayor, a estudiar derecho, con el fin de que dirija el pleito, y gasta los enormes ingresos que le proporciona su nueva explotación en la tramitación judicial. Esta dura cuatro años, y es condenado a costas en todas las instancias.

El día 15 de marzo de 1855 se dicta, por fin, la sentencia.

El juez Thimson, incorruptible, primer magistrado de California, reconoce los derechos de Juan Augusto Suter y declara sus pretensiones plenamente justificadas e indiscutibles.

Juan Augusto Suter ha conseguido su objetivo: es el hombre más rico del mundo.

EL FINAL

¿El hombre más rico del mundo? No. El más pobre de los mendigos, el ser humano más desdichado.

Nuevamente el Destino le da un zarpazo mortal y éste le aniquilará definitivamente.

Al conocerse la noticia de la sentencia, estalla en San Francisco y en todo el país un imponente motín. Los amotinados suman millares y millares; son los propietarios amenazados, es la plebe siempre dispuesta a aprovecharse de los disturbios.

Es asaltado e incendiado el palacio de Justicia. Se busca al magistrado que presidió el tribunal, con intención de lincharle y luego la inmensa muchedumbre, se dirige a la residencia de Suter para destruirle todo.

El hijo mayor, al verse acorralado por la multitud, se suicida. El segundo muere asesinado. El tercero consigue huir, pero perece ahogado en su huída.

Una ola de fuego envuelve a Nueva Helvecia. Las posesiones de Suter son destruídas, los viñedos arrasados. Los muebles, las colecciones, el dinero desaparecen, y la multitud alocada por la rabia, convierte las propiedades en un montón de escombros.

Suter consigue salvarse con gran trabajo. Pero ya no pudo levantarse jamás de este rudo golpe. Al ver destruída su obra, muertos su mujer y sus hijos, su espíritu se desequilibró. Quedó poseído por una idea fija: el Derecho, el proceso.

Es un hombre achacoso, imbécil, andrajoso, que vaga constantemente en Washington, en torno del Palacio de Justicia. Y eso dura veinticinco años.

Todos los funcionarios conocen al "General" de la sucia levita y de los rotos zapatos que reclama sus millones. Abogados aventureros y ladrones le roban hasta el último céntimo de la pensión y le impulsan a entablar nuevos procesos.

Suter no quiere dinero, odia el oro que le ha empobrecido, que ha devorado a sus hijos, que le ha destrozado la vida. Quiere tan sólo su derecho, corre tras él con tenacidad de maniático.

Presenta reclamaciones al Senado, al Congreso; se confía a toda laya de padrinos, que envuelven el asunto en una gran pompa, visten al infeliz con un ridículo uniforme y le pasean de oficina en oficina, de abogado en abogado. Y esto durante veinte años, desde 1860 a 1880. ¡Veinte miserables y tristes años!

Día tras día, aquel infeliz asalta el palacio del Congreso, los empleados y los golfos callejeros se divierten con él, se burlan del propietario del suelo más rico del mundo, sobre el cual se asienta y crece sin cesar la segunda capital gigantesca del gigantesco estado.

Y él sigue haciendo antesala en el palacio del Congreso. Allí, en la escalera, el día 17 de julio de 1880, cae por fin derribado por un ataque cardíaco que pone fin a todas sus desdichas. En el suelo yace el cadáver de un pordiosero; un mendigo en cuyo bolsillo se encuentra una sentencia legal en la que se le reconoce, a él y a sus herederos, la posesión del más rico y extenso patrimonio que la historia de la humanidad ha conocido.

Nadie, hasta el presente, ha reclamado la herencia de Suter. Ninguno de sus sucesores ha hecho valer su derecho. La ciudad de San Francisco y toda una extensa comarca siguen asentadas sobre ajenos dominios.

Todavía no se ha hecho justicia.

Tan sólo un artista, Blaise Cendrars, ha dado a Juan Augusto Suter, al olvidado, aquello a que tenía derecho por su gran destino: El derecho al recuerdo maravilloso de la posteridad.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



EL COMPLOT DE LA MUERTE





















